El ser humano en tiempos de pandemia, entre el pánico y la esperanza: lectura de *Cien años después* de Alberto Vázquez Figueroa

Eman Ahmed Khalifa
Universidad de Minia (Egipto)

Recibido: 10 de octubre de 2021 *Aceptado: 27 de octubre de 2021*

Abstract: Recently, while everyone is living an experience of humanitarian emergency, unique as well as terrible, *One Hundred Years Later* comes to light, a novel by the writer Alberto Vázquez Figueroa that was published in April 2020, that is, around the time the COVID19 outbreak was just born. This paper aims to analyze the situation of the modern man in the face of this crisis and how he appears fragile, defenseless and incapable of acting correctly.

Key Words: *One Hundred Years Later*, Alberto Vázquez Figueroa, COVID-19, andemic, panic.

Resumen: Recientemente, estando todos viviendo una experiencia de emergencia humanitaria única y terrible por sus dimensiones, sale a la luz *Cien años después*, una novela del escritor Alberto Vázquez Figueroa que fue publicada en abril de 2020, es decir, recién nacido el brote del COVID-19. El presente artículo tiene como objetivo analizar la situación del hombre moderno frente a esta crisis y cómo aparece frágil, indefenso e incapaz de actuar correctamente.

Palabras clave: *Cien años después*, Alberto Vázquez Figueroa, COVID-19, pandemia, pánico.

1. Introducción

Mientras el ser humano vive rodeado de todo tipo de avances tecnológicos en el siglo XXI, el mundo está patas arriba y la gente está viviendo una situación excepcional debido a la expansión de la pandemia producida por el Coronavirus (COVID-19).[1] Se trata de una emergencia de salud pública a nivel global que significa un verdadero desafío para el hombre moderno. Los desastres naturales, las emergencias humanitarias y las epidemias producen cambios bruscos en las sociedades y la mayoría de las personas se ven expuestas a situaciones de estrés sin precedentes y de duración desconocida. Recientemente, estando todos viviendo una experiencia de tales características, pero única y terrible por sus dimensiones, sale a la luz *Cien años después*, una novela del escritor Alberto Vázquez-Figueroa[2] que fue publicada en abril de 2020, es decir, recién nacido el brote del COVID-19.

El presente artículo tiene como objetivo analizar la situación del hombre moderno frente a esta crisis y cómo aparece frágil, indefenso e incapaz de actuar correctamente. Vivir en dichas circunstancias aumenta los niveles de estrés, ansiedad, depresión e, incluso, nos interrumpe el sueño y la vida se convierte en un mundo de pesadilla. Por consiguiente, a través de la novela en cuestión, se pretende un acercamiento al pensamiento del ser humano y responder o, mejor dicho, reflexionar sobre: ¿En qué piensa? ¿Cómo se siente? ¿Qué es lo que tiene que hacer? ¿Qué recursos tiene para sobreponerse? ¿Cómo se puede vivir entre el pánico y la esperanza? ¿Habrá una salida próxima a dicha situación? ¿Para qué sirve tanta tecnología si no alcanza salvar al ser humano de dicha situación?

---

[1] Lorena Cudris-Torres (309) comenta que los Coronavirus representan una familia de virus que pueden causar enfermedades como el resfriado común. En 2019 se identificó un nuevo miembro de la familia como el agente causal de un brote de enfermedades respiratorias que se originó en Wuhan-China Por su rápida propagación el virus ha afectado alrededor de 191 países, con corte 27 de marzo de 2020, las estadísticas muestran que 528.025 personas a esta fecha han sido contagiadas, de las cuales 127.531 se han recuperado y 23.672 murieron, siendo los países más afectados China, Italia y España."

[2] Alberto Vázquez Figueroa es uno de los escritores españoles más leídos hoy en día con más de 30 millones de libros vendidos. Entre su extensa producción literaria (más de 100 libros) se destacan: *Ébano*, *Tuareg*, *La ambiciosa saga de Cienfuegos, El perro*, etc. Muchas de sus obras han sido llevadas al cine. Uno de los valiosos estudios sobre el autor y su trayectoria es el de Eduardo Martínez Rico, titulado *Alberto Vázquez-Figueroa o la aventura: Un viaje apasionante por sus mejores páginas* (2004).

2. Realidad espantosa

Cien años después se refiere al periodo que separa la pandemia de la gripe española (1918)[3] —que causó la muerte de casi sesenta millones de personas— de la pandemia del coronavirus (2020). Narra la historia de una familia que, en medio de la crisis, se ve obligada a vivir confinada en su granja defendiendo su derecho a protegerse a toda costa. Aunque con un matiz de distopía, desde las primeras páginas nosotros, como lectores, nos sentimos protagonistas de la obra, nos movemos, y a veces nos sentimos confundidos, entre la realidad que estamos viviendo y la ficción que estamos leyendo.

2.1. El derecho a defenderse

Al principio de *Cien años después*, asistimos a una escena muy inquietante que expresa una realidad espantosa, una situación distópica fruto de unas circunstancias excepcionales. La familia de Aurelia pasa el confinamiento, debido al avance del virus, en su granja aislada del mundo exterior, cortando el contacto tanto con familiares como con extraños, y defendiendo su derecho a vivir y a no contagiarse, advirtiendo y luego matando a cualquier persona que se le ocurra acercarse a su casa. La novela empieza con una mujer que aparece por el camino cerca de la granja, "se le advertía agotada, dolorida, con aire ausente, como drogada, borracha o inmersa en un universo del que el paisaje que le rodeaba no parecía formar parte" (9).[4] La mujer no prestaba atención a todo cuanto se encuentra en el camino, ni a las flores, ni a los árboles, ni a los pájaros, ni siquiera a un charco que le empapó los zapatos. Al final, tenía que detenerse ante un muro alto coronado por una espesa alambrada con afiladas concertinas parecidas a las cuchillas de afeitar y en el que, a cada pocos metros, se distinguían una calavera y un aviso: "No pasar. Peligro de muerte. Sólo están autorizados a coger

[3] La pandemia de gripe española (1918) es considerada la más devastadora de la historia de la humanidad. Se estima que afectó a más de un tercio de la población mundial, y más del 2.5% de los enfermos murieron. Con respecto a su denominación como "española," Guillermo Murillo Godínez (463) comenta: "España tuvo pocos casos antes de marzo, pero como el país fue neutral durante la guerra, la prensa española informó detalladamente sobre la epidemia, especialmente luego de que el rey Alfonso XIII enfermara gravemente. Por lo mismo, también se la denominó «influenza española,» ya que durante la guerra los periódicos de los países beligerantes estaban bajo estricta censura militar y no podían informar sobre estos hechos, excepto en España. De tal manera que las noticias sobre la epidemia aparecían sólo en diarios españoles, dando la impresión de ser el único país afectado por la enfermedad."

[4] Para las citas de la novela *Cien años después* mencionamos sólo la página.

agua y queso" (9). La mujer no paró e hizo caso omiso del ladrido de los perros que la amenazaban. "La mujer, visiblemente embarazada, se sujetó con una mano el vientre y abrió la verja. Ni siquiera tuvo tiempo de escuchar el ruido del disparo porque ya había caído de espaldas con una bala en la frente" (9-10). Unos momentos después, dos hombres —el padre y el tío de Aurelia— salieron del edificio arrojándole botellas de gasolina con las mechas encendidas, "no cesaron en su empeño hasta que del cadáver tan solo quedaron cenizas." (10). Aurelia, la hija adolescente, que contemplaba la escena con horror, se dirigió a su madre preguntándole con inocencia: "— ¿Y si no estaba enferma?" (10), la respuesta de la madre fue inmediata: "—¿Y si lo estaba…?" (10), lo que expresa el sentimiento del ser humano en tiempos de pandemia, el miedo a que la persona que está enfrente esté afectada por el virus para actuar de manera que pueda protegerse a sí mismo y a sus seres queridos. La chica no sabía qué decir a su madre y

> se vio obligada a guardar silencio puesto que aquella era la dolorosa pregunta que estaba en todas las bocas y martilleaba en todas las mentes desde hacía más de un año: ¿Y si lo estaba…? ¿Y si estaban enfermos la anciana que se sentaba en el tercer banco de la iglesia, el camionero de la mesa vecina o el chicuelo que se acercaba corriendo tras una pelota? ¿Quién garantizaba que ninguno de ellos, que ninguno de los cientos de miles de ancianos, camioneros o niños que pululaban sobre la faz de la Tierra portaba las invisibles semillas de la muerte? Semillas que habían demostrado ser capaces de arraigar en cualquier ser humano sin tener en cuenta la edad, la raza o el color de quienes se convertían al instante en propagadores de un mal que se extendía como las ondas en un estanque al que se hubiera arrojado una piedra. De dónde había llegado esa piedra aún nadie lo sabía pese a que miles de especialistas se esforzasen día y noche intentando contener semejante sangría (10-11).

Estas palabras expresan lo que sentimos nosotros mismos hoy en día, el coronavirus nos hace temer acercarnos el uno al otro, nos ha hecho entender que estar a salvo significa estar lejos de los demás guardando por lo menos de uno a tres metros de distancia. Neysa de Castro y Palomino Reyes (3-4) comentan que la situación actual de la pandemia produce la alteración de nuestros estilos de vida, así como la modificación de rutinas y hábitos que son adquiridas a lo largo de la vida y socioculturalmente difundidas en la población; todo esto unido a la incertidumbre y la ansiedad que genera estar en presencia de una

situación tan cambiante como esta y el temor al posible contagio nos obligan a tomar medidas para evitar malestares psicológicos.

Cuando a Claudia, hija de la familia, le parecía terrible matar a una mujer embarazada que se acercó a la casa sin tener en cuenta las advertencias que la familia había puesto, la madre le explica:

> Ahora todos estamos expuestos a enfermar, y por lo tanto ya no hay distinción entre ricos y pobres, humildes o poderosos, honrados o delincuentes. Nadie intenta presionar a un juez o sobornar a un jurado porque sabe que quien se acerque portando su sentencia de muerte puede ser su padre, su hijo o su hermano [...] Se me desgarra el corazón cada vez que enterramos a un desgraciado, pero más se me desgarraría si me viera obligada a enterrar a un miembro de mi familia (11-12).

Aunque con exageración, la madre aquí personifica la situación y la pesadilla en la que viven los padres, que pagarían con su vida para que los miembros de su familia estuvieran a salvo, aunque el precio fuera matar a cualquier persona que intentara acercarse a ellos. También nos hace pensar en ¿qué pasaría si llegamos a esta situación? ¿Cómo cambiaría la conducta del ser humano que suele vivir en paz? ¿Sería capaz de matar a todas las personas que se acercaran a su familia y vivir en paz como si no hubiera hecho nada? ¿Llegaría el hombre a una situación tan violenta con el pretexto de protegerse a sí mismo y a los suyos? La madre hablaba con mucha amargura porque todavía no sabía si su hijo Óscar —que es estudiante en la Facultad de Veterinaria— sigue con vida: "La desolada mujer hizo una pausa antes de concluir: Todavía no estoy segura de que tu hermano haya tenido una sepultura decente" (12).

A la chica, todavía una niña, le cuesta justificar el ver a su padre y a su tío matando a una persona, piensa que igual es lo que le ha pasado a su hermano:

> Tal vez alguien en alguna parte había abatido igualmente a su hermano mientras se aproximaba solicitando agua o comida. Tal vez, pero llegados a aquellas alturas nadie podría asegurarlo con certeza puesto que las víctimas habían pasado de tener nombre a tener número, hasta que dejaron de tener número para pasar a convertirse en porcentajes[5] (13).

[5] Según las estadísticas de The Center for Systems Science and Engineering (CSSE), las cifras acumuladas han sido elevadas a 210,911,988 de casos detectados y 4,416,253 de muertes en todo el mundo desde el inicio de la pandemia hasta el día 21 de agosto de 2021 (Hora:11:20 AM).

Estas palabras, aunque expresan un fuerte pesimismo, no nos extrañan porque es la realidad que vivimos. Cada día vemos en los diferentes medios de comunicación y en las redes sociales, tanto nacionales como intencionales, unas cifras terribles; vemos a muertos acumulados en los hospitales esperando a que les den sepultura; sentimos con familiares y amigos un doble dolor, por haber perdido a un ser querido, y al mismo tiempo, y no con menos fuerza, por no poder despedirnos de ellos, porque se vayan sin decirles adiós. Son todos sentimientos y emociones muy dolorosos que nos hacen reflexionar sobre la inutilidad de todo que se hace en la vida, que no merece la pena provocar conflictos, dañar a los demás, ni luchar por obtener un logro no merecido. El hombre con la pandemia parece ser más consciente de que nada ni nadie puede salvarle del peligro que le rodea, porque es un mal que puede afectarnos a todos e, incluso, contagiarnos de quienes más queremos.

Aurelia, por ser testigo de situaciones como la de matar a la mujer embarazada, se sentía estresada tanto durante el día como durante la noche soñando con niños muertos. Buscaba entonces refugio en los libros, sobre todo en los que hablaban de mujeres y hombres que habían demostrado un excepcional coraje enfrentándose a terribles adversidades a lo largo de la historia:

> En ocasiones conseguía animarse, pero en otras se derrumbaba aún más al comprender que ninguno de ellos había se enfrentado a un enemigo tan taimado. Ese enemigo no disparaba cañones ni empuñaba espadas, no ponía bombas ni envenenaba, no asestaba tiros en la nuca ni hacía arder en la hoguera a los infieles; se limitaba a permitir que sus elegidos transitaran libremente en busca de nuevos elegidos que continuaran transitando libremente. Sus ladinos soldados [...] carecían de credo y de bandera, o quizás mejor sería decir que pertenecían a todos los credos y se inclinaban ante todas las banderas, ajenos al hecho de que obedecían sin rechistar y ciegamente a un silencioso general que jamás parecía cansarse de ganar batallas. Alejandro había conquistado Persia, Julio César Egipto —incluida su reina—, y Napoleón media Europa, pero un despreciable virus que jamás diera una orden ni pronunciase una sola palabra se había convertido en dueño absoluto de todas las naciones que existían o hubieran existido a lo largo de la Historia (21-22).

Estas palabras explican perfectamente el choque y el pánico del hombre moderno que vive rodeado de todo tipo de tecnología pensando

que ya había llegado a la cima y que es capaz de enfrentarse a todo cuanto se encuentra en su camino, y de repente, viene algo invisible, un virus, para apoderarse de las vidas y las almas, convirtiéndose en el más poderoso de todos los luchadores y guerreros de la Historia. El enemigo del hombre moderno parece ser más feroz, más virulento y mucho más fuerte que el del pasado. Se trata de un enemigo que mata en silencio, asfixia sin precedentes, entra en las casas sin llamar a la puerta. Se mueve libremente entre niños, jóvenes y ancianos, entre hombres y mujeres. No distingue entre razas ni credos, es válido para todos. Los psicólogos Victoria de la Caridad Ribot Reyes, Niurk Chang Paredes y Antonio Lázaro Castillo comentan que desde la perspectiva de la salud mental, una epidemia de gran magnitud implica una perturbación psicosocial que puede exceder la capacidad de manejo de la población afectada (Ribot, Niurk & González, 7-8). Puede considerarse, incluso, que toda la población sufre tensiones y angustias en mayor o menor medida.

Para algunas personas, esta situación estresante puede provocar cambios en su salud mental y, por lo tanto, en su modo de comportarse, pueden llegar hasta echar la culpa a las personas más cercanas: "El cerebro humano era tan complejo que algunos supervivientes no veían ya a sus familiares fallecidos como inocentes de la epidemia, sino como abominables cómplices de la enfermedad" (14). El cambio de conducta se produce de una manera involuntaria, sobre todo, en las personas que tienen la responsabilidad de proteger y defender a los demás, como es el caso de los padres. Aurelia piensa: "su padre siempre había sido un hombre honesto, pero ahora no dudaba a la hora de disparar contra mujeres embarazadas. ¿Significaba eso que había dejado de ser honesto, o que al cambiar las circunstancias cambian de igual modo los conceptos?" (16). Son reflexiones que nos toca vivir en la actualidad, situaciones que antes concebíamos como ideales, en otras circunstancias no lo parecen tanto. Llegamos a la conclusión de que mantenernos alejados de nuestros seres queridos significa protegerlos, no visitar a los familiares y amigos quiere decir que estamos preocupados por su bien. De esta forma, la lucha para vivir y proteger así a nuestros seres queridos es una obligación que no hemos elegido pero que tenemos que cumplir. Al padre de Aurelia le afectó mucho sentirse obligado a matar a una mujer embarazada que se acercaba a ellos con el objetivo de defender a su familia: "El pobre hombre estaba tan consternado que se negó a comer durante tres días y si al final comió, lo hizo porque le constaba que si desaparecía su

familia desaparecería de igual modo" (19). La situación excepcional de la pandemia conduce al hombre a comportarse de una manera no esperada y volver a hábitos que había dejado como un intento de huir o controlar el miedo:

> Su padre compensaba la carencia fumando, y resultaba curioso ya que tres años antes había dejado de hacerlo y durante todo ese tiempo no había dejado pasar una sola cena durante la cual no se auto alabara por haber tenido el valor de abandonar el maldito vicio [...] Aurelia lo observaba desde la ventana y podía leer en el humo su estado de ánimo del mismo modo que un piel roja interpretaría el mensaje de una hoguera lejana (23).

Son días pesados en los que el ser humano ha podido constatar su fragilidad ante el destino y las nefastas condiciones a las que se tiene que enfrentar inevitablemente. En estas circunstancias se confunde todo dentro del ser humano, el bien con el mal, lo que quiere hacer con lo que debe, solo se aferra a su derecho a defenderse a sí mismo y a su familia.

2.2. Ataque de pánico

Una noche, unos ladrones se acercaron a la granja, los perros ladraron y el padre de Aurelia corrió y disparó a un hombre que estaba intentando liberarse de la alambrada de espinos. Afectado por sus heridas y por el disparo, el hombre cayó muerto. El padre y el tío llamaron a la chica pidiéndole ayuda para deshacerse del cadáver, ya que "constituyó una labor laboriosa, desagradable y vergonzosa puesto que por miedo a un posible contagio tenían que empujar el cuerpo con palos" (82). Es una escena espantosa, capaz de hacer que cualquier persona pierda su equilibrio mental, ya que el cadáver del hombre es tratado peor que un animal muerto. Aurelia notó que su madre no cesaba de llorar y su tío le comentó que era lógico manteniendo con la chica el siguiente diálogo:

> — Ha aprendido demasiado tarde a ser fuerte —dijo—. Los jóvenes os adaptáis con relativa facilidad, pero a los de nuestra edad nos cuesta mucho.
>
> — Tú te has adaptado.
>
> — Te equivocas. Lo soporto, pero eso no significa que me adapte. Ayer vomité tres veces.
>
> — Tampoco yo me adapto.

> — Pues tienes que hacerlo porque no sabemos cuánto tiempo tendrás que vivir con esto. Creía formar parte de una generación afortunada porque no había tenido que sufrir las espantosas guerras que sufrieron generaciones anteriores y de improviso me caí de un guindo.
>
> — ¿Qué es un guindo?
>
> — Un árbol traidor y vil al que no hay que subirse a ciegas. Tiene ramas muy gruesas que infunden confianza pero en cuanto te aferras a una se parte y lo más probable es que te rompas las costillas (83).

Es un largo diálogo que nos parece de suma importancia porque nos hace reflexionar sobre la vida del ser humano en las diferentes generaciones, y nos ayuda a deducir que vivir en un mundo más moderno y con muchas facilidades no significa estar a salvo de sufrir secuelas espantosas de desastres tan terribles como las de las guerras que sufrieron las generaciones anteriores. Es más, hoy en día nos sentimos más inseguros, con menos privacidad y en continua preocupación por un futuro inesperado y desconocido que, en la mayoría de los casos, se ve como un futuro distópico, una pesadilla que parte de un presente horroroso.

Aurelia se quedó contemplando la dolorosa escena de su tío dando sepultura al cadáver del hombre y

> llegó a la conclusión de que se habían convertido en una familia de sepultureros y verdugos, y le vino a la mente una vieja película en la que un verdugo, que nunca había querido serlo pero a quien las circunstancias le habían llevado a ello, acababa siendo arrastrado al cadalso para que cumpliera con su obligación aunque fuera a la fuerza (83).

Se trata de una guerra en la que el hombre se encuentra obligado a participar luchando para mantener su existencia y la de sus familiares. Con la distopía que el autor nos presenta en la obra, a veces sentimos como si volviéramos a vivir en la edad de piedra, como si hubiéramos vuelto a nuestro primitivismo y tenemos que acabar con todo lo que sea un obstáculo para nuestra salvación.

Desde aquel día del incidente del hombre muerto colgado de la alambrada, la madre de Aurelia se vio afectada y, a partir de aquel día, hablaba sola:

> En principio únicamente eran murmullos o frases inconexas de las que suelen decirse cuando las cosas no están saliendo a gusto, pero al cabo de un par de días comprendió que mantenía largas conversaciones

con Óscar y con una tal Adela, a la que parecía unirle una gran amistad (85).

La mujer optó por huir de la realidad espantosa que le rodeaba hablando con una vieja amiga en conversaciones imaginarias fruto de alucinaciones. Según el informe de las Naciones Unidas (2020, 8),

> Los efectos de la COVID-19 en el cerebro son preocupantes. Se han observado manifestaciones neurológicas en personas con COVID-19 en numerosos países [...] puede provocar manifestaciones neurológicas, como dolores de cabeza [...] inquietud, delirios, apoplejías y meningoencefalitis.

El desvarío y los delirios que afectan a la madre de Aurelia son la reacción mental ante una situación que no puede sostener, por lo tanto, prefiere volver a los tiempos del pasado con una amiga de la juventud. El estado de la madre empeoraba, y Aurelia estaba muy preocupada por ello:

> Aquello la asustó aún más al comprender que tanto su padre como su tío también parecían seriamente inquietos. Su madre siempre había sido el eje sobre el que giraba la familia, y si ese eje se dañaba, lo poco que iba quedando de su familia acabaría destrozado (85).

A pesar de los numerosos problemas a los que la familia se enfrentaba, este es el peor de todos, ya que la madre es quien da fuerza a todos, con su cuidado y su energía positiva ellos consiguen convivir con el dolor y el espanto que sienten.

A la mañana siguiente, Aurelia encontró a su madre desayunando y hablando con su amiga figurada "Adela," estaba discutiendo con ella sobre qué clase de manzanas eran más apropiadas para una tarta, y estaba tan inmersa en la conversación que ni siquiera le dirigió a Aurelia una mirada. Su tío Samuel intentaba explicarle la situación a Aurelia: "Hablar con alguien que no existe es peor que estar callado, cielo. Tu madre está sufriendo un ataque de pánico, tal como lo estamos sufriendo todos, y llega un momento en que no podemos controlarlo" (95). Científicamente hablando, varios investigadores de la Universidad Nacional de Colombia (2020, 4) afirman:

> Las personas sometidas al estrés del brote pueden presentar angustia marcada y un deterioro significativo en el funcionamiento social

u ocupacional, configurando trastornos de la adaptación y en caso de persistir con ánimo triste se puede presentar un trastorno depresivo mayor.

Aurelia, a pesar de ser adolescente, entendió que su madre había perdido el rumbo y no lo recuperaría hasta que se acabara con la pandemia, cosa que podría tardar mucho tiempo en suceder.

> Según Aurelia, que había madurado con gran rapidez porque en semejantes circunstancias o se maduraba o se moría, llegó a la conclusión de que no debía continuar luchando por una causa perdida sino por una causa que corría el riesgo de perderse: su padre (95).

Aurelia decidió hacer reaccionar a su madre, devolverla a la realidad porque, en caso contrario, la familia se derrumbaría y ella no iba a permitirlo. Por eso, unos días después, mientras su madre estaba mirando una foto y hablando con su amiga ficticia sobre sus nietos, Aurelia se la quitó de las manos arrojándola al fuego y encaró a su madre manteniendo con ella la siguiente conversación:

> — Adela nunca tuvo nietos y supongo que a estas alturas ya estará muerta, o sea que déjate de tonterías y ocúpate de tu familia [...].
> — Has sido muy cruel —se lamentó.
> — La mitad de lo que tú lo estás siendo —replicó su hija sin dejar de pelar zanahorias... — ¿Te parece justo dedicarle más atención a alguien que no has visto en treinta años que a quien lleva veinticinco deslomándose por ti?
> — Era mi amiga.
> — ¿Y papá quién es, el cartero? ¿Y yo quién soy, la fregona?
> — Con ella puedo hablar de cosas hermosas. Con vosotros tan solo puedo hablar de muertos.
> — ¿Acaso en tu juventud no se moría la gente?
> — Lo hacía de un modo mucho más prudente; ahora parece que se haya convertido en una moda (13).

A la chica no le quedaba otra alternativa que enfrentarse a su madre, pensó que una solución tan radical no sería la elegida por un psiquiatra, por eso intentó hacerlo a su manera:

> Estuviera o no dentro del marco de la siquiatría, el contundente tratamiento dio resultado visto que su madre se colocó un delantal, le

quitó el cuchillo de las manos y se afanó en la tarea de pelar y cortar zanahorias mientras comentaba: —Todo acabaría pronto (114).

La joven entendió que, si nos dejamos conducir por la depresión en medio de la pandemia, acabaremos muriendo locos o sufriendo graves trastornos mentales. Por eso, intentó y logró hacer que su madre regresase a su estado anterior al ataque de pánico, y atajar esos peligrosos síntomas que la estaban conduciendo a la pérdida total del juicio.

2.3. El derecho a elegir

Anabel, otro miembro de la familia, tía de Aurelia, acaba de venir a vivir al pueblo cercano a la finca junto con su novio. Va de vez en cuando a la granja a ver a los suyos y a recoger alimentos. La primera vez que apareció cerca de la casa, Aurelia se sentía muy alegre por ver a su tía a la que quiere mucho y hacía largo tiempo que no veía, y "corrió hacia la verja, pero su padre la detuvo" (35), también se detuvieron su madre y su tío a unos diez metros de la entrada:

— ¡Hola pequeñaja! –saludó Samuel a la recién llegada.
— [...] Sabes que no podemos dejarte pasar.
— Lo sé. Pero necesito algo de ropa, comida y algunas cosas (35).

Aunque es uno de los familiares más queridos, la ansiedad de un probable contagio les impide abrirle la puerta, ya que acaba de llegar al pueblo con su novio. Unos días después, Anabel se enteró de que estaba embarazada, fue a la granja y dio la noticia a la familia que le felicitó y regresó al pueblo para avisar a su novio: "entró en el pueblo como si se hubiera convertido en dueña del universo" (97). Pero, desafortunadamente, su novio le dio la mala noticia de que estaba contagiado con el virus pidiéndole que se fuera de casa por su bien y por el bien del bebé:

— ¿Y adónde iré?
— A un lugar en el que estés a salvo. Yo ya he caído.
— Entonces también habré caído yo, y prefiero que estemos juntos.
— Tal vez seas inmune. La radio dice que se dan casos.
— Pues si soy inmune poco importa que me quede —Fue la lógica respuesta.
— Prefiero no correr riesgos, instálate en la casa de la esquina y le volaré la cabeza a quien intente molestarte.

— ¡Pero mi amor...!
— Ya no soy tu amor —le cortó en seco—. Soy tu enemigo.
— ¿Cómo puedes ser mi enemigo si espero un hijo tuyo?
— ¡Por Dios! no me lo pongas más difícil (98).

Es un diálogo que resume el sentimiento desgarrado del ser humano que descubre que está en peligro con una enfermedad que puede acabar con él, pero lo más difícil, tanto para el enfermo como para su ser querido, es la soledad en la enfermedad. Esta es una situación cruel, más dolorosa que la propia enfermedad. Después de un largo diálogo, Fabio se resignó y aceptó que Anabel viviera con él confiando en que resultase ser inmune:

> Lo era, y demasiado amargo resultó ya que se vio obligada a ser testigo de cómo el padre de su futuro hijo se diluía al igual que se diluiría una gota de sangre en el océano, sin lanzar un suspiro ni un lamento, ni hacer un gesto que delatara que estaba pasando por todas las penas del infierno (101).

Es muy doloroso el ver a su amor muriendo sin poder ayudarle ni siquiera aliviarle el dolor. De esta forma, Fabio, un joven violinista que soñaba con grabar discos y componer melodías para grandes películas, estuvo sufriendo hasta que le llegó el momento de morir dejando atrás al amor de su vida y un niño que estaba por llegar:

> Ya nadie grababa discos, hacía películas o imprimía libros; lo único que hacían era pasar de la cuna a la tumba permitiendo que existiera un periodo de tiempo —más o menos largo según la suerte de cada cual— dominado por el miedo cada minuto de cada hora de cada día (101).

El virus vino a poner la vida patas arriba, acabó también con todo cuanto ilumina y embellece la vida humana, ya no hay posibilidad de contemplar una obra de arte, salir para entretenerse: "[...] Los museos, los teatros y los cines habían cerrado, y ya nadie se extasiaba ante la belleza de un palacio, una estatua o un catedral por miedo a que su vecino pudiera contagiarle" (174).

Después de la muerte de Fabio, Anabel, a pesar de que resultó inmune, se convirtió en una posible transimisora del virus, y la gente a su alrededor la rechazaba:

> La poca gente de la zona le evitaba como si un hilo oscuro la rodeara; un aura no de santidad, sino de pecado. El único pecado que había cometido era irse a la cama con quien le apeteciera lo cual, dado lo abultado de la suma, constituiría un gran pecado en opinión de algunos, pero la penitencia excedía los límites de lo que podría considerarse aceptable (102).

Con el miedo a la enfermedad, la gente le niega a los demás el derecho a elegir. No puede entender cómo Anabel decidió no dejar a su novio y prefirió pasar con él los pocos días que le quedaban de vida y no dejarlo morir solo y aislado como si fuera un animal. El ser humano ha cambiado así, dominado por un egoísmo que le impide pensar en el sufrimiento del otro, ni siquiera en aliviarle el dolor de perder a un ser querido, sin hacerle sentir rechazado y repudiado. La pérdida continua de vidas en una pandemia produce un estado de depresión en familiares y allegados de los fallecidos quienes, debido a los protocolos de salud, no pueden acompañarlos en el funeral, no se pueden despedir de ellos. Esto duplica el dolor, generando ansiedad e, incluso, ataques de pánico. Por eso, es frecuente entre la gente el miedo a ser contagiada y el estado permanente de alerta a que algo suceda, ya que la reacción de las personas ante las terribles pandemias se representa el pánico y temor al sufrimiento y la muerte.

3. Futuro esperanzador

Igual que tiene mucho de realidad, aunque sea un poco distópico, *Cien años después* expresa también la esperanza en un futuro mejor. Anabel, tía de Aurelia, es un personaje, junto con el de su novio, que representan el tipo de personas que afrontan la crisis con optimismo, lo que les hace ver el mundo desde otra perspectiva diferente al pánico que sufren la mayoría de los personajes. Por consiguiente, intentan con todas sus fuerzas no perder la energía positiva en medio de la frustración que sufre la gente a su alrededor. Cuando visitó a su familia en la granja, Anabel mantuvo este diálogo con su hermano y su cuñada cuando le preguntaron por su situación:

> — ¿Y qué piensas hacer en el pueblo?
>
> — Vivir mientras podamos. Ahora tengo un novio italiano. Es violinista y está componiendo una sinfonía sobre la enfermedad.
>
> — ¿Y para qué quiere componer una sinfonía sobre esta maldita enfermedad? —quiso saber su cuñada.
>
> — Para que la escuchen sus nietos, si es que llega a tenerlos, o para

> que la escuchen los nietos de otros, porque cree que algún día el mal desaparecerá al igual que desapareció la gripe española.
>
> — Demasiado optimista (36-37).

Estos dos personajes rechazan llevar la crisis demasiado en serio y deciden vivirla con la esperanza de que algún día se terminará.

3.1. Solidaridad

A Aurelia le afecta mucho no saber nada de su hermano y que su tía no viva con ellos, piensa que será más fácil luchar contra la pandemia viviendo todos juntos y unidos:

> Se habría resignado a pasar el resto de su vida confinada en los límites de la granja a condición de que Anabel y Óscar también estuvieran allí. Con ellos a su lado el resto de su vida hubiera sido soportable pese a la maldita epidemia enviada por el mismísimo Satanás (106).

Después de que Anabel dio a luz a su niño, Samuel, el tío de Aurelia, sintió la obligación de estar junto a su hermana que ahora era responsable de otra persona y necesitaba ser una prioridad. Por eso, decidió partir de la casa familiar y delegar sus responsabilidades en Aurelia, que, a pesar de sentirse muy triste, comprendió que eso era lo que tenía que hacer su tío, porque la solidaridad es la única salida para poder convivir con estas nefastas circunstancias. Aurelia, al despedirse de su tío,

> obligó a una lágrima a regresar a su lugar de origen, furiosa consigo misma ante la idea de que pudieran sorprenderla llorando. En aquel momento llorar era como echarle veneno al agua, prenderle fuego a la casa, o aceptar que la cadena que los unía corría el peligro de romperse. Por lo contrario, la marcha de su tío venía a confirmar que la familia había decidido reforzar su eslabón más débil con el eslabón más fuerte aun a costa de dividirla (138).

La chica aguantó el dolor de dejarles partir, pero sintió que se rompía por dentro: "Cuando la pequeña comitiva desapareció entre los árboles, Aurelia pareció haber envejecido cinco años en cinco minutos" (139). Unos días después, la familia reaccionó y descubrió la mejor ma-nera de convivir con la situación, llegando a la conclusión de que tenían que volver a juntarse todos, no vivir aislados dejando a los suyos

vivir en otra parte. Solo unidos podrían superar la crisis. He aquí el diálogo entre Aurelia y su madre:

> — He estado hablando con tu padre.
> — ¿Y…?
> — Creo que por primera vez en mucho tiempo estamos de acuerdo en algo: queremos que Anabel, Samuel y el niño vuelvan, abrir la verja y compartir lo que tenemos porque el egoísmo no da resultado. Lo que tenga que suceder lo afrontaremos con los nuestros, y con los que no eran de los nuestros pero que ahora lo son.
> — No esperaba menos de vosotros.
> — ¿Quieres decir que estás de acuerdo?
> — ¡Naturalmente! Si no me fui con ellos fue por no dejaros solos.
> — Me di cuenta, y no quiero que nos convirtamos en dos viejos cagones que están destrozando el futuro de su hija. Papá está ensillando a la yegua para ir a buscarlos […] ocurra lo que ocurra más vale encararlo con la cabeza alta (158-159).

Los padres dejaron de pensar con egoísmo y decidieron reunir toda la familia porque así tendrían la fuerza suficiente de enfrentarse a la crisis actual. Han comprendido que solo unidos pueden hacerlo. Aurelia abrió la verja y su padre detuvo la montura justo en el punto en que el día anterior amenazaba de muerte a quien intentara traspasarla. Su padre le pregunta:

> — ¿Quieres ser tú quien vaya a buscarlos?
> — Te lo agradecería.
> Desmontó y le entregó las riendas.
> — Ve despacio porque en cuanto te descuides esta loca se dispara, y hace tiempo que no ve terreno libre (159).

Se nota que la joven recibe las riendas, y el terreno libre simboliza la libertad frente al pánico y el egoísmo. La chica montó el caballo y retuvo al animal, no solo por cumplir con las palabras de su padre, sino porque le apetecía disfrutar del paisaje que hacía mucho tiempo que no veía. En el camino, apareció un hombre famélico sentado sobre una roca que ni siquiera se movió cuando la vio aproximarse. La chica mantuvo el siguiente diálogo:

> — ¿Tiene hambre?
> — Claro.
> — Siga por ese camino y encontrará una granja.
> — Allí matan a la gente.

— Ya no.
— ¿Cómo lo sabes?
— Mi madre ha tenido presentimiento; la pandemia se acaba.
— ¿Acaso es bruja?
— A veces atizaba con la escoba, pero ahora está preparando conejo con patatas que le están esperando.
— ¿Me lo juras?
— Jurar es feo, pero si eso le tranquiliza…
— Me arriesgaré. ¡Total! A estas alturas tampoco me importa que me peguen un tiro, aunque puestos a elegir, prefiero el conejo con patatas.

Cuando ya se alejaba, el famélico le gritó:

– ¿Sabes una cosa? Creo que tu madre tiene razón; ese maldito virus ya va camino del infierno (162).

Es una luz en el camino que da al ser humano la esperanza en que esta pesadilla se acabará. Las Naciones Unidas en su informe (2020, 13), recomienda a todo el mundo a activar la solidaridad para poder pasar la crisis de la mejor manera posible:

> Los Gobiernos pueden poner fondos a disposición de iniciativas comunitarias provechosas porque es importante, ahora más que nunca, activar y fortalecer el apoyo social, especialmente para las personas marginadas, y fomentar un espíritu de auto ayuda comunitaria a fin de proteger y promover el bienestar mental.

La chica siguió su camino hasta que detuvo la yegua ante la puerta de la casa y sonrío a sus tíos, que le habían oído llegar y se asomaron al balcón: "—Vengo a rescataros, dijo" (179). Y después de un diálogo plagado de bromas, "le permitieron que llevara al niño en brazos, y emprendieron el regreso a casa" (175). De esta forma, la familia se reunirá en casa, y solo faltará Óscar que presienten que sigue con vida y que regresará algún día. Samuel, el personaje más responsable, fuerte y sabio de la obra, tiene fe en que la crisis pasará y el ser humano será capaz de acabar con ese virus igual que con otros que podrían ser más peligrosos: "Si el ser humano ha sido capaz de vencer enfermedades tan terribles como el tifus, es capaz de enfrentarse a todas" (127).

3.2. Ciencia y juventud

A lo largo de la novela, el autor hace hincapié en la importancia de la ciencia y de preparar un ejército de científicos que cuenten con los últimos adelantos técnicos que les faciliten la investigación y la experimentación para ser capaces de combatir cualquier pandemia a la que nos podamos enfrentar los seres humanos. En la novela, critica a los gobiernos que se interesan por las armas más que por la medicina y del desarrollo de la tecnología siguiendo ese enfoque:

> Podían enviar un cohete a Marte o fabricar bombas capaces de destruir a la humanidad pero no acabar con el hambre de los niños o con un simple virus. Ahora estaban pagando las consecuencias de su ineptitud, o quizás sería mejor decir de la ineptitud de quienes les habían pagado más por enviar cohetes a Marte o fabricar bombas letales que por intentar destruir virus (53).

El escritor reprocha a las autoridades que han invertido más en desarrollar armas que en investigaciones para preservar la vida. En una entrevista realizada por Eduardo Martínez Rico (2020), el novelista hace hincapié en lo que tenemos que aprender los humanos de esta crisis:

> Deberíamos aprender, si no somos muy estúpidos. Hoy en día estamos más pendientes de lo superfluo. Creo que deberíamos invertir más en lo fundamental y menos en lo superfluo. Más en microscopios para aprender sobre el virus, por ejemplo, sobre lo que nos es vital, que en telescopios, que nos enseñan sobre galaxias que no nos son fundamentales.

Óscar, el hermano de Aurelia, tiene la ilusión de ser un buen veterinario. Es muy aplicado y tuvo la suerte de encontrarse en el camino a don Dionisio, un profesor que sabía cómo guiar a sus alumnos. Cuando comenzaron a correr rumores sobre la propagación de un virus que se había iniciado en una ciudad china y que parecía ser de origen animal, don Dionisio exigió a sus alumnos un estudio exhaustivo de los animales de la región donde comenzó todo. “En su opinión la posibilidad de nuevas enfermedades transmitidas por animales a humanos tenía una base real” (30). Por eso, Óscar no vuelve a su casa, para evitar causarles daño llevando la enfermedad a su familia. El profesor les comenta: “Tenemos que centrar nuestra atención en los mercados de animales. Cuando se investigó la gripe aviar se confirmó

que el origen estaba en unos pollos" (30). A Óscar le interesaba el tema especialmente porque su familia vivía rodeada de animales domésticos en la granja y también de animales salvajes y bosques. Muchos de los estudiantes decidieron no acudir a las aulas en las que se diseccionaban animales considerados peligrosos y poco después dejaron de ir porque, o estaban muertos o buscaban refugio en lugares lejanos. Sin embargo, "Óscar continuó asistiendo con la esperanza de que hombres de la inteligencia de don Dionisio fueran capaces de vencer a quienes tan solo habían demostrado ser «astutos»" (32-33). La universidad se terminó vaciando y era curioso ver a un profesor anciano paseando por el campus acompañado por un alumno que no perdía palabra de cuanto le decía: "Hasta que esa especie desapareciese siempre habría un ser humano dispuesto a enseñar y otro a aprender" (33). Una mañana, cuando don Dionisio y Óscar estaban operando a un perro, apareció Adrián, el estudiante más aplicado de la facultad. Al profesor le sorprendió verlo tan débil y flaco y le preguntó:

> — ¿Puedo ayudarte?
> — Quiero ser tu cobaya.
> La respuesta les dejó helados.
> — ¿Cómo has dicho?
> — He dicho que quiero ser su conejillo de Indias porque sé que están investigando sobre el virus —hizo una pausa antes de dejar caer las palabras como si fueran rocas demasiado pesadas—: Yo lo tengo y puedo ser de utilidad.
> — ¿Es que te has vuelto loco? Vete a casa y métete en la cama.
> — Mi casa está muy lejos y en la pensión no queda nadie. Su sentido de humor debía ser tan lúgubre como su aspecto ya que añadió: —Prefiero quedarme aquí, porque allí moriría como un perro abandonado mientras que aquí moriré como un perro bien atendido (55).

Adrián insistió en que el profesor aceptara su petición utilizándolo como cobaya humana, sometiéndolo a la observación y la experimentación para descifrar los orígenes del coronavirus: "[...] Yo tengo ese virus y usted dispone de un laboratorio y un buen ayudante" (57). Es más, Adrián rechazó que le dieran calmantes aduciendo que un cobaya tranquilizado no serviría de nada ya que no podrían estudiar sus reacciones. Lo que quería era que le dieran medicamentos que se hubieran utilizado en epidemias como la del SIDA pero en dosis masivas. El profesor no lo imaginaba:

— ¿Te das cuenta de lo que puedes sufrir?

— No he venido a jugar a los bolos. He venido a morir entre amigos mientras intento que esa muerte no sea una más de esta debacle. [...] Esta universidad me concedió una beca y la oportunidad de ser alguien. ¿Acaso no es justo que le devuelva el favor?

— Yo también estudié con una beca y te entiendo —señaló don Dionisio—. Pero el precio es muy alto.

— Si el precio es alto será porque se valora (57).

Después de aplicarle al enfermo los medicamentos requeridos, todo resultó en vano, y el muchacho se acabó agonizando porque el virus se apoderó completamente de él. En la mañana del cuarto día el profesor reaccionó, no podía soportarlo más, y le aplicó al muchacho una inyección que le permitió calmarse y dejar de verse continuamente asaltado por espasmos y vómitos de sangre y habló con Óscar:

— No somos microbiólogos —se disculpó— y no creo que ni siquiera ellos sacaran ningún provecho de tan espantosa agonía. ¡Santo Cielo! ¿Cómo he podido permitirlo?

— Era su última voluntad y debía respetarla. [...] ¿Qué hacemos ahora?

— No sé lo que piensas hacer, pero yo me voy a casa a bebérmelo con una botella de coñac... —señaló al difunto— No pienso pasar por semejante trance.

— Eso es de cobardes.

— Jamás he presumido de valiente.

[...] Cerró la puerta al salir y Óscar comprendió que no volvería a verle y ahora tenía que elegir entre imitarle o enfrentarse sin ayuda de nadie a cuanto le esperaba más allá del campus (58-59).

Desde aquel momento, Óscar emprendió camino sin rumbo concreto porque no piensa volver a la granja porque a lo mejor su amigo le había sido contagiado y no quería llevar el virus a la familia. En su ruta se encontró con varios personajes como Camila y Mubarac, con quienes encontró compañía enfrentándose a muchos momentos difíciles. Por fin decidieron echarse al mar donde encontraron y se alojaron en un barco sin dueño llamado "Cruz del Sur." Óscar vive con la esperanza de que la teoría de su profesor don Dionisio se haga realidad. Intenta explicarlo a sus compañeros:

Mi profesor, don Dionisio, que en gloria esté porque era un personaje único, creía que los virus que causaban enfermedades imitaban

> el sistema de fabricación de proteínas de la célula que habían invadido, haciendo copias de sí mismas que extendían a otras células hasta apoderarse del individuo (136).

Empezaron a arreglar el barco, luego se reunió con ellos Alejandro, un director de teatro que reparó los motores auxiliares del barco haciéndolo funcionar y decidieron invitar a subir a bordo a cuantos se encontraran en las proximidades.

> Por suerte, entre quienes acudieron había médicos y enfermeras curtidos en la lucha contra el virus que se pusieron en primera línea de la batalla. Aislaron en los camarotes de popa a quienes presentaban algún síntoma de la enfermedad (157).

Unos días después, los enfermos mejoraban. De entre las personas que subieron a bordo, había un expresidente sudamericano. En boca de este personaje, el novelista nos pone de relieve algunas verdades sobre nuestro mundo actual, entre los cuales destaca el capitalismo que destruyó a países y que fue causa del menosprecio por el valor del ser humano y llega a la conclusión de que la esperanza está en las futuras generaciones que deben aprender la lección y construir un mundo mejor: "Son ustedes, los jóvenes, los que tienen que procurar que el futuro que se avecina sea mejor [...] Hemos conseguido que este barco se convierta en el punto de referencia de un nuevo mundo" (166). Camila le interrumpió diciendo:

> — ¿Nuevo mundo...? [...] Lo que hemos conseguido es que este barco se haya convertido en una especie de Arca de Noé.
>
> — ¿Y te parece poco...? El Arca de Noé significó el resurgimiento de la humanidad tras una catástrofe de proporciones bíblicas (166-167).

De esta forma, los jóvenes son capaces de ejercer el papel como el que en la antigüedad simbolizó el Arca de Noé de salvación de la humanidad. Óscar se convirtió en el líder del barco y junto con sus compañeros implantaron las normas de su nuevo mundo:

> [...] a bordo no se permitirán mezquitas, ni templos de ninguna clase. Crean problemas [...] Quien quiera honrar a Dios que lo haga en su camarote [...] Tampoco debemos permitir que los partidos políticos hagan mítines. Lo pondrían todo perdido de panfletos y banderas (169).

Este final en la novela traza los hilos de un futuro esperanzador cuya base fundamental son los jóvenes. La esperanza reside en la aspiración

a un mundo que rompa las máscaras, que acabe con el fanatismo, tanto político como religioso.

4. Conclusiones

Cien años después es una novela extraordinaria, no solo por su calidad literaria que no es de menos importancia, sino porque nosotros como lectores nos sentimos imbuidos en la obra de algún modo, mirando a un futuro que puede ser distópico si no reaccionamos de manera conveniente. Por eso, debemos aprender la lección y reivindicar el papel que tiene que ejercer cada individuo en la sociedad.

El final de la obra es muy significativo, ya que el autor pone el futuro en manos de los jóvenes —tanto mujeres como hombres— con la ayuda de los avances tecnológicos. Las futuras generaciones tienen que dejar atrás todo lo superfluo y acabar con el fanatismo, en todas sus formas de expresión. Sólo de esta forma y junto con la solidaridad, la distopía cargada de espanto, pánico, dolor y sufrimiento puede convertirse en la utopía de un mundo futuro con más tecnología que esté al servicio del ser humano y no al revés. Si eso llegara a ocurrir, el ser humano lograría vivir en paz y pensando en positivo, buscando mil maneras para salir de cualquier crisis que le pudiera afectar. Los científicos encontrarían el apoyo tanto material como moral y social imprescindibles para poder llevar a cabo la tarea de salvar a la humanidad.

A través de la obra se puede decir que la pandemia del coronavirus no es la primera, aunque tampoco será la última, pero sí es una alarma que nos hace mirarnos en el espejo para ver dónde estamos y cómo estamos con el fin de reaccionar y hacer lo que tenemos que hacer evitando y dejando aparte actitudes perjudiciales como el egoísmo y el materialismo. La solución puede ser mucho más fácil si nos esforzamos para vivir con: paz, paciencia, solidaridad y, sobre todo, apoyando a los científicos que representan el faro que puede guiar al hombre moderno y salvarse de la destrucción, porque la frustración y la desesperación pueden matar más que cualquier virus.

Concluyendo, el novelista pretende hacernos recordar que no podemos cambiar las crisis que nos toca vivir y atravesar, pero sí que podemos decidir voluntariamente la actitud con la que las vivimos. Es esencial y vital actuar con más responsabilidad teniendo siempre la esperanza de que esto también pasará.

Obras citadas

Cudris-Torres, Lorena. "Coronavirus: epidemia emocional y social." *AVFT* 3 (2020): 309-311. En línea: <http://saber.ucv.ve/ojs/index.php/rev_aavft/article/view/19452> [Comprobado: 19/08/ 2021].

CSSE. The Center for Systems Science and Engineering, at Johns Hopkins University (JHU). En línea: <https://gisanddata.maps.arcgis.com/apps/dashboards/bda7594740fd40299423467b48e9ecf6> [Comprobado: 21/08/ 2021].

De Castro, Neysa & Palomino Reyes. "La ansiedad y el miedo como manifestación psicológica ante la situación del Coronavirus." *Boletín Científico del CIMEQ* 8 (2020): 3-4.

Martínez Rico, Eduardo. *Alberto Vázquez-Figueroa o la aventura: Un viaje apasionante por sus mejores páginas*. Barcelona: Plaza & Janés, 2004. 416 pp.

—. "Sobre *Cien años después* de Alberto Vázquez-Figueroa." *Ruritania* (2020). En línea: <https://www.zendalibros.com/sobre-cien-anos-despues-de-alberto-vazquez-figueroa/> [Comprobado: 19/08/ 2021].

Murillo Godínez, Godínez. "Recordando a la gripe española." *MedIntMex* (2011): 463-466. En línea: <https://www.medigraphic.com/pdfs/medintmex/mim-2011/mim115h.pdf?fbclid=IwAR2K_g7BDvcwf-nntTJFwOqaFow-YkjYQO1wI_NHx0t2jA3QRmqNMRqky8g> [Comprobado: 19/08/2021].

Naciones Unidas. "Policy Brief: COVID-19 and the Need for Action on Mental Health." (2020): 1-17. En línea: <https://unsdg.un.org/es/resources/informe-de-politicas-covid-19-y-la-necesidad-de-actuar-en-relacion-con-la-salud-mental> [Comprobado: 19/08/ 2021].

NYC Health. "Ansiedad y ataques de pánico durante la COVID-19." *NYC HEALTH* (2020). En línea: <https://www1.nyc.gov/assets/doh/downloads/pdf/imm/covid-19-anxiety-panic-sp.pdf> [Comprobado: 19/08/2021].

Ojeda-Casares, Héctor & Federico Gerardo de Cosio. "COVID-19 y salud mental: mensajes clave." *OPS* (2020). En línea: <https://www.paho.org/es/documentos/covid-19-salud-mental-mensajes-clave> [Comprobado: 19/08/2021].

Ribot Reyes Victoria de la Caridad, Niurk Chang Paredes & Antonio González Castillo. "Efectos de la COVID-19 en la salud mental de la población." *Revista Habana de Ciencias Médicas* (2020):

1-17. En línea: <http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1729-519X2020000400008>[Comprobado:19/08/2021].

Vázquez-Figueroa, Alberto. *Cien años después*. Madrid: Kolima Books, 2020.

VV.AA. "Consecuencias de la pandemia COVID-19 en la salud mental asociadas al aislamiento social." *Revista Colombiana de Anestesiología* 4 (2020): 1-21. En línea: <https://preprints.scielo.org/index.php/scielo/preprint/view/303/version/310> [Comprobado: 19/ 08/2021].